Sociedad de Salvamento de Náufragos

Hace unos días se verificó el acto de premiar la abnegación y el heroismo del marino Manuel Gorostiaga, contramaestre del vapor *Juan Bautista,* que salvó la mayor parte de la tripulación de ese buque al ocurrir su naufragio en el mes de Marzo último, en los acantilados de Igueldo.

Todos nuestros lectores recordarán el acto humanitario é ingenioso de ese hombre de mar, que al ver el peligro inminente que sus vidas corrían en el vapor embarrancado que se deshacía sobre el desigual y pedregoso lecho: se lanzó al agua confiado en sus fuerzas y pericia de nadador, llevando el *chicote* de un cabo que le arriaban desde á bordo, con perjuicio de la libertad de movimientos que tan necesaria le ern para no perecer como perecieron el patrón y un marinero que quisieron salvar, también á nado, la distancia que les separaba de la tierra.

Llegó el Gorostiaga á la orilla, helado como es de suponer y casi exhausto de fuerzas, y al pisar tierra, envuelto en la oscuridad de la noche, pero iluminado por la llama de la caridad y enardecido y olvidado de sí mismo, apresuróse á poner en práctica el generoso proyecto que llevaba concebido.

Atóse la cuerda al rededor de la cintura, hizo hincapié sobre una roca y estableció en forma tan sublime la comunicación entre el vapor y la costa, hasta que deslizándose ó *palmeando* por el cabo, se salvaron los seis compañeros que aceptaron su consejo.

La Sociedad Española de Salvamento de Náufragos, á cuyo frente

están personas henchidas de insuperable altruismo, y en cuya benéfica acción corresponde parte importantísima á nuestro ilustrado paisano el Sr. D. Francisco Gorostidi y al insustituíble secretario general Sr. Novo y Colson, acordó recompensar aquel acto de valor con su Medalla de plata, y más tarde, en el concurso abierto para otorgar el premio anual de mil pesetas creado á sus expensas, por el rey, fué considerado el mismo Gorostiaga como acreedor á este premio.

Pero la Sociedad central española, al transmitir sus acuerdos y enviar la medalla y el dinero á nuestra Sociedad humanitaria de Salvamentos Marítimos de Guipúzcoa, recomendaba que la entrega de tales premios fuese revestida de la solemnidad que requerían las circunstancias del caso, la distinción acordada y la procedencia regia del premio en metálico.

Y en efecto, á la hora señalada y prévia la correspondiente autorización, constituyóse la mesa en el gran salón de actos de nuestra Casa Consistorial, presidiendo el señor Comandante de marina con el exsenador Sr. Gorostidi y nuestro presidente D. Manuel Arizmendi, y ocupando sus asientos respectivos los vocales (entre los que tengo el honor de contarme) D. Cándido Bidaguren, D. Florentino de Azqueta, don Manuel Mercader, D. Juan Laffitte y el práctico mayor Sr. Agote, el tesorero Sr. Besné y el secretario de esta sociedad local.

Tras breves palabras de nuestro presidente y un corto pero elocuente discurso del Sr. Gorostidi, colocó el comandante de Marina la medalla sobre el pecho del agraciado, entregándole seguidamente el diploma en magnífico cuadro y la cantidad metálica, todo lo que recibió el bravo marino con los ojos humedecidos y tartamudeando de emoción.

El acto fué solemne; pero con solemnidad surgida de él mismo; con la solemnidad producida por la emoción del valiente marino; por la emoción del distinguido guetariano al relatar las proezas de nuestros marinos y poner de relieve el mérito de los premios otorgados; por la emoción que embargaba á los que constituían la mesa y presenciaban la ceremonia; pues, por lo demás á pesar de que la prensa lo había anunciado con oportunidad, sólo cuatro ó cinco personas, cuatro ó cinco modestos industriales, contribuyeron con su presencia á tal solemnidad; el inmenso salón estaba virtualmentete vacío.

Ni el heroismo, ni el tratarse de ceremonia organizada por entidad ante cuya abnegación forzoso es siempre descubrirse; ni el otorgarse un premio tan honroso y merecido, movieron á altos ni bajos, á nobles y

plebeyos á acudir á aquel acto, verdaderamente hermoso, genuinamente conmovedor, y mientras á tales actos no se les conceda la importancia que en otros países se les dá, mientras sólo se asista á los que llevan consigo la fastuosidad ó el tinte de la elegancia ó de la moda, tendremos derecho á dudar de la existencia de una verdadera afición, de un interés verdadero por las cosas del mar.

Quien tenga aficiones marítimas no debe aparecer indiferente en nada de cuanto concierna á la Sociedad de Salvamento de Náufragos, pues por otro lado no se explica tampoco que la filantropía, la caridad de los que organizan y sostienen la emulación en los salvamentos se desenvuelva ante la casi indiferencia de un gran número de gentes, y mucho menos hoy que ha entrado en el ambiente marítimo, importante parte de nuestra florida juventud.

Digno de todo encarecimiento es el acierto y decisión con que siguen el rumbo emprendido los aficionados al ejercicio náutico, viajando y gastando por crear una flota respetable de embarcaciones de recreo que va haciendo recordar á muchos españoles que existe el mar, y que vaya haciendo reconocer á muchos extranjeros que hay una España civilizada, cuyas clases elevadas saben ya distinguir un botalón de un bauprés y acabarán por convenir en la importancia decisiva del problema marítimo; pero no conviene omitir en ocasión alguna el homenaje debido á la que en expresión de un escritor marítimo «será siempre la señora para todo el que navegue»: á la Sociedad de Salvamento de Náufragos.

Y como, según se va viendo, mi primordial objeto en este modesto escrito es encomiar los servicios humanitarios de aquella institución, se me ha de permitir que insista en la conveniencia de la propaganda para que todo español sepa, y si lo sabe no lo olvide, que en esta nuestra España, en donde tantas comisiones resultan inútiles ó se distinguen por su poca perseverancia, hay una sociedad con su central en Madrid y sucursales por todo el litoral, y que al frente de una y otras están hombres generosos que, desde hace veinticinco años, con constancia y entusiasmo creciente estudian, trabajan, propagan cuanto conduce á extender su objetivo humanitario; que pasan noches en playas y muelles salvando vidas y socorriendo á infelices náufragos, y que su desinterés es tal, que además de abandonar en ocasiones sus negocios y las comodidades de su casa, contribuyen con su cuota mensual para los gastos de la institución.

¿Quereis saber ahora lo que piden en recompensa?

Nada para ellos: ni sueldos, ni gratificaciones, ni gastos de representación; nada de eso.

La recompensa presente la tienen en su conciencia y para lo futuro cuentan con la que Dios reserva á la caridad.

Lo que piden es que los hombres que la asociación premia, lleven el sello del aplauso público; lo que piden es que sus actos tengan resonancia para que su eco se infiltre por todas partes y aumenten las subvenciones y las suscripciones particulares, por modestas que sean, pues cada año se va aumentando el número de estaciones de salvamento y de botes salvavidas por los puertos y playas de nuestras costas del Cantábrico y Mediterráneo, y ha de comprenderse que aunque la Sociedad cuenta ya con buen número de suscriptores y con subvenciones del gobierno y de distintas corporaciones, sus gastos son enormes, porque además del sostenimiento de las estaciones y de las brigadas y tripulaciones de los botes, destina una importante cantidad á premios en metilico.

JULIÁN DE SALAZAR.